

MORAL DE CALATRAVA CUEVAS VIVIENDA



EL ORIGEN DE UNA FORMA DE VIDA



Texto: Adolfo Salvador Gómez
Fotografía: Archivo del Ministerio
de la Vivienda (A.M.V.)

Allá por el 16 de diciembre de 1900, el joven matrimonio compuesto por Ángel Abellán y Telesfora Pérez llegaban a Moral de Calatrava con el firme propósito de quedarse como vecinos, pues el padre del joven Ángel, el señor José Abellán, de profesión hojalatero, le recomendó a su hijo que viniese a Moral de Calatrava diciéndole que era un buen pueblo que estaba en crecimiento y que tendría trabajo.

Si, bien es verdad que Ángel encontró ocupación sin dificultad y que el padre tenía razón, el señor José Abellán no le dijo a su hijo que Moral en esas fechas tenía 8.500 habitantes y que las posadas estarían llenas a rebosar; el joven matrimonio ignoraba que estaban en pleno desarrollo las obras para construir la línea férrea entre Valdepeñas y Calzada de Calatrava (El Trenillo), con una duración aproximada de tres años, y más de 200 obreros entre peones y técnicos. Esa era la causa por la que ni en Valdepeñas ni en Moral, ni en ningún pueblo de los alrededores, encontrarían sitio en posada alguna.





NOTA DE REDACCIÓN

Se publican estas notas del Adolfo Salvador Gómez, ex-alcalde de Moral, en las páginas de esta revista, dado el interés que tienen por su carácter autobiográfico y testimonial. Adolfo Salvador (que nació y vivió en una de esas cuevas) es una persona muy conocida y querida entre sus conciudadanos, y representa “lo que queda” de unos modos de vida que otrora no fueron ajenos a otros muchos pueblos de Castilla-La Mancha.

Para los que quieran profundizar en el conocimiento de las cuevas-vivienda moraleñas, recomendamos la lectura del excelente trabajo de Juan José Andrés Matías y Luis Arias González, recientemente publicado por la Diputación Provincial de Ciudad Real.

Alguien les dijo que, en una nave no en muy buenas condiciones, podían alojarse de momento. Dicha nave se encontraba en las Eras de la Sendilla del Jardín y era una antigua fábrica de jabón, propiedad de un señor que llamaban Parrita. Hacia allí fueron y, al menos, la vieja nave aún tenía tejado. Allí pasaron dos noches ni bien ni mal. El problema eran tres niños, María Cruz de 5 años, José de 3 y Manuela de 2 años; pero tuvieron tan mala suerte que al tercer día, o sea, el 19 de diciembre, se presentó una nevada muy fuerte. Y lo malo y grave fue que el viejo tejado no resistió y les obligó a encontrar un alojamiento más seguro y de mayor protección, algo que en ese momento era muy difícil. Pero la señora Telesfora, un día antes, había visto en unas eras un horno de cal, mucha leña y una “covacha” cerca del horno, de la que entraban y salían los obreros.

Pensando en sus hijos, le pareció que sería buena solución para sus problemas y se marchó hacia su provisional refugio. Y, cuando llegó el marido, le

contó lo que había visto; le dijo que, como madre, estaba muy apenada por el mal lugar donde estaban ellos y los niños; y, pensando en el horno de aquellas eras y en la “covacha”, tan pronto como comenzó a nevar dijo a su marido: “vamos al horno”.

Cuando llegaron, le mostró a su marido la “covacha”, y dirigiéndose al señor Dasilva, dueño del horno, le suplicó, como madre, por sus hijos, sabiendo lo trágico que podía resultar aquel frío con la nieve congelada. Algo que el señor Dasilva escuchó con mucho interés, y enseguida comprendió. Tanto él como sus compañeros de trabajo dieron su consentimiento sin condiciones, e, inmediatamente, Dasilva ordenó a Coello y al Curro que empezaran a hacer, con haces de retama, unos muros, especie de chozo en el que hasta el carro quedara cubierto con una puerta de unos tres metros de cara al mediodía, a fin de que los muros de leña hicieran de cortaviento y que recibieran calor del horno.

Y fue en ese instante en que el señor Dasilva añadió “y mañana Dios dirá”. Es casi seguro que ya pensaba en la





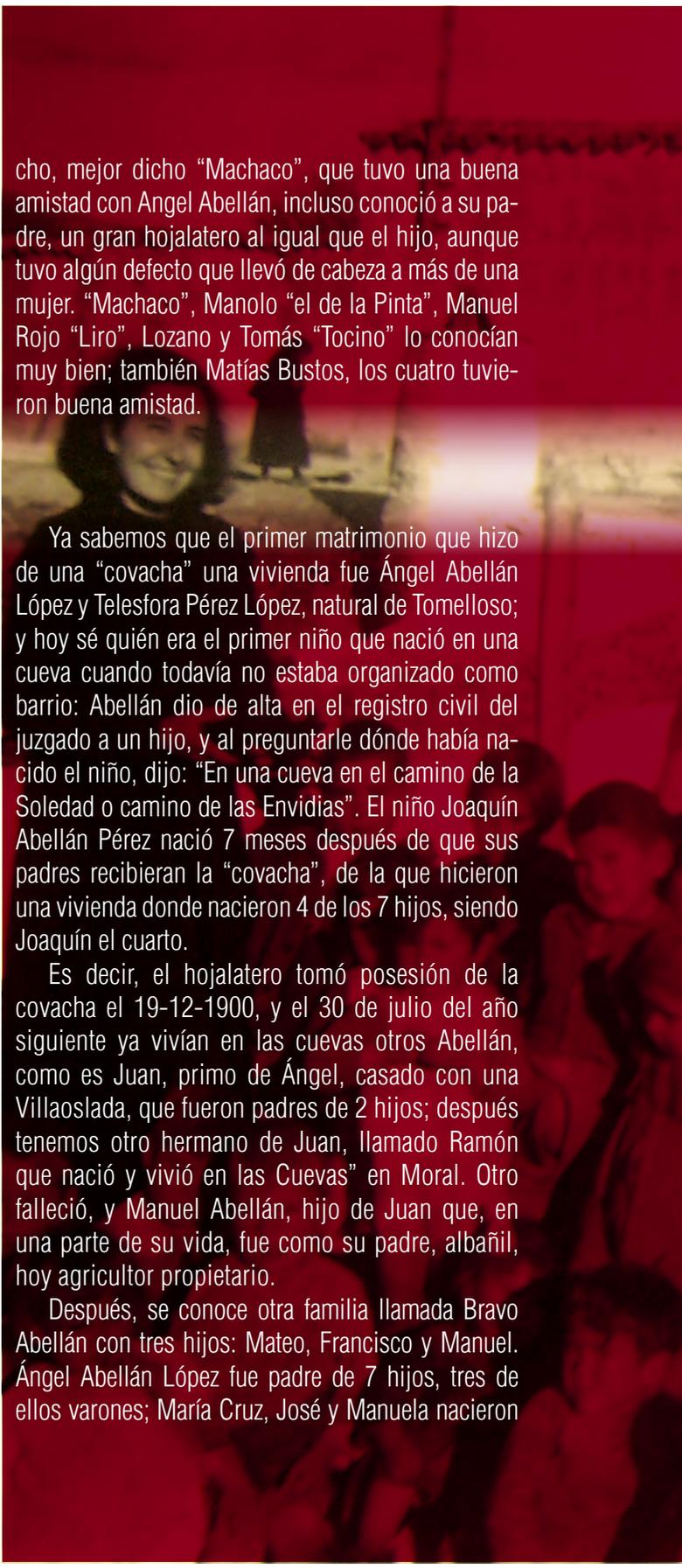
“covacha” grande que ellos utilizaban como almacén de los utensilios para dársela al matrimonio, y ellos utilizar otra más pequeña con la que tendrían de sobra para la herramienta.

Este gesto del señor Dasilva, y un dar a entender que tenía algo en mente más ajustado y apropiado para lo que, según él, merecían los Abellán Pérez, hizo decir a la señora Telesfora, con mucha convicción, que valía la pena confiar en el Señor, segura de que la fraternal Navidad había influido en el corazón de aquellos nobles trabajadores que entendieron muy bien la gravedad del asunto; que, sin darle mayor importancia, estaban dando una buena lección de humanismo ejemplar.

Los turnos de vigilancia del horno se hacían de tres horas en tres horas, y durante la noche. El vigía preguntaba al señor Abellán qué tal, y antes de que los primeros claros del día llegaran, Dasilva ya andaba de un lado para otro esperando que Abellán apareciera en escena. Y lo hizo muy pronto, como era natural. Un saludo muy cordial dio Ángel, y después le hizo entrar en la covacha que tenía de almacén, dicien-

do: “Yo ignoro el tiempo que ustedes estarán aquí en Moral, pero, si le interesa, ahora mismo digo a los compañeros que desalojen las herramientas, y hoy mismo la dejamos lista, oferta que hacemos en nombre de la naturaleza”. A lo cual respondió Abellán dirigiéndose a Dasilva: “La naturaleza ha jugado un papel muy importante; pero, por lo que yo he visto, cuando empezaron a trabajar, a medida que consumían la caliza para hacer la cal, ustedes iban dejando arcilla, y quedaba en la tierra un vacío de 3 metros, aproximadamente entre el camino de las Zorreras y el de la Envidias. Y, desde luego, es en ese momento cuando la naturaleza hace su aparición, ofreciendo una obra hecha en más del 70%; así que no creo que nadie pueda decir que esté mal que ustedes nos la ofrezcan en nombre de la naturaleza, y nosotros la recibimos con el mismo lenguaje, aunque mi esposa dice que es la obra de Dios, pero la naturaleza y Dios deben ser uno mismo”.

Esta es la versión de varios de los tertulianos que yo conocí, en especial cuatro. El primero Juan José Cama-

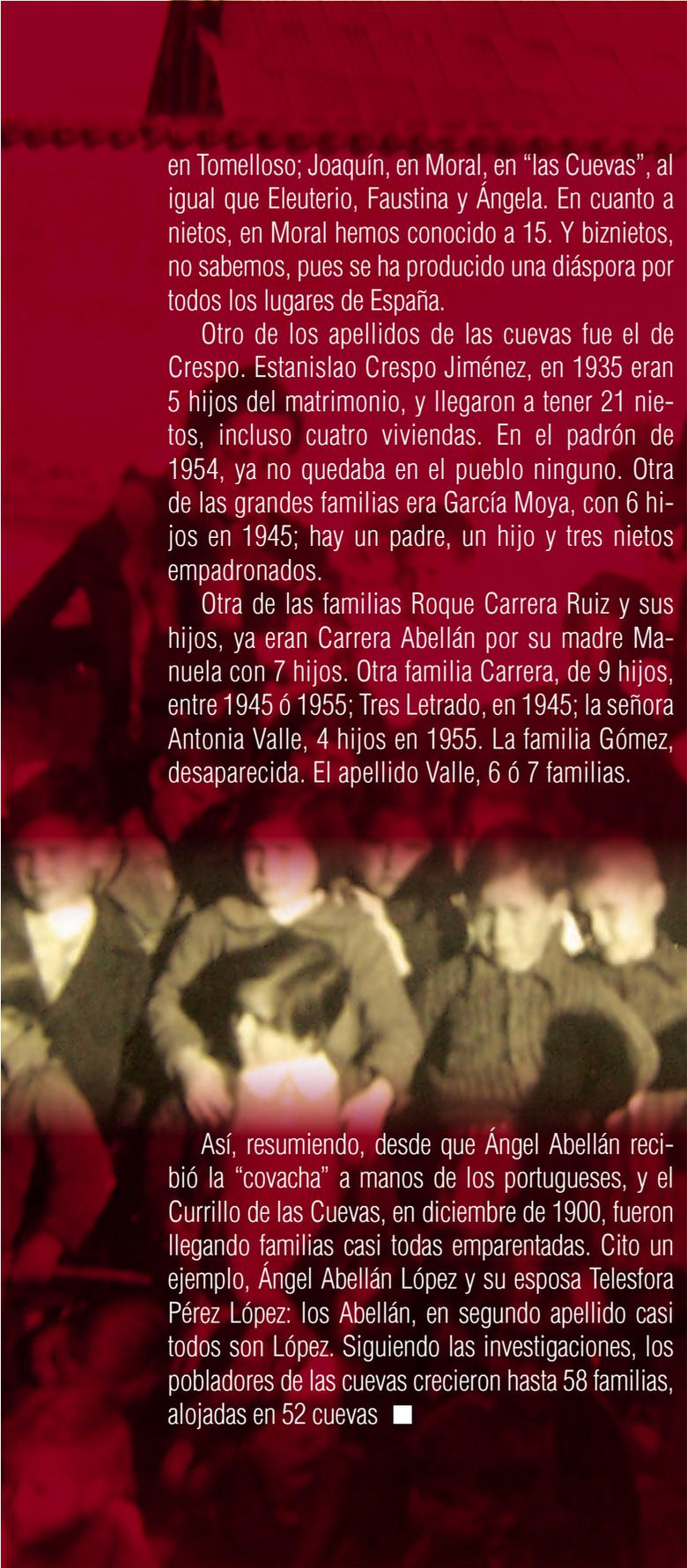


cho, mejor dicho “Machaco”, que tuvo una buena amistad con Angel Abellán, incluso conoció a su padre, un gran hojalatero al igual que el hijo, aunque tuvo algún defecto que llevó de cabeza a más de una mujer. “Machaco”, Manolo “el de la Pinta”, Manuel Rojo “Liro”, Lozano y Tomás “Tocino” lo conocían muy bien; también Matías Bustos, los cuatro tuvieron buena amistad.

Ya sabemos que el primer matrimonio que hizo de una “covacha” una vivienda fue Ángel Abellán López y Telesfora Pérez López, natural de Tomelloso; y hoy sé quién era el primer niño que nació en una cueva cuando todavía no estaba organizado como barrio: Abellán dio de alta en el registro civil del juzgado a un hijo, y al preguntarle dónde había nacido el niño, dijo: “En una cueva en el camino de la Soledad o camino de las Envidias”. El niño Joaquín Abellán Pérez nació 7 meses después de que sus padres recibieran la “covacha”, de la que hicieron una vivienda donde nacieron 4 de los 7 hijos, siendo Joaquín el cuarto.

Es decir, el hojalatero tomó posesión de la covacha el 19-12-1900, y el 30 de julio del año siguiente ya vivían en las cuevas otros Abellán, como es Juan, primo de Ángel, casado con una Villaoslada, que fueron padres de 2 hijos; después tenemos otro hermano de Juan, llamado Ramón que nació y vivió en las Cuevas” en Moral. Otro falleció, y Manuel Abellán, hijo de Juan que, en una parte de su vida, fue como su padre, albañil, hoy agricultor propietario.

Después, se conoce otra familia llamada Bravo Abellán con tres hijos: Mateo, Francisco y Manuel. Ángel Abellán López fue padre de 7 hijos, tres de ellos varones; María Cruz, José y Manuela nacieron



en Tomelloso; Joaquín, en Moral, en “las Cuevas”, al igual que Eleuterio, Faustina y Ángela. En cuanto a nietos, en Moral hemos conocido a 15. Y biznietos, no sabemos, pues se ha producido una diáspora por todos los lugares de España.

Otro de los apellidos de las cuevas fue el de Crespo. Estanislao Crespo Jiménez, en 1935 eran 5 hijos del matrimonio, y llegaron a tener 21 nietos, incluso cuatro viviendas. En el padrón de 1954, ya no quedaba en el pueblo ninguno. Otra de las grandes familias era García Moya, con 6 hijos en 1945; hay un padre, un hijo y tres nietos empadronados.

Otra de las familias Roque Carrera Ruiz y sus hijos, ya eran Carrera Abellán por su madre Manuela con 7 hijos. Otra familia Carrera, de 9 hijos, entre 1945 ó 1955; Tres Letrado, en 1945; la señora Antonia Valle, 4 hijos en 1955. La familia Gómez, desaparecida. El apellido Valle, 6 ó 7 familias.

Así, resumiendo, desde que Ángel Abellán recibió la “covacha” a manos de los portugueses, y el Currillo de las Cuevas, en diciembre de 1900, fueron llegando familias casi todas emparentadas. Cito un ejemplo, Ángel Abellán López y su esposa Telesfora Pérez López: los Abellán, en segundo apellido casi todos son López. Siguiendo las investigaciones, los pobladores de las cuevas crecieron hasta 58 familias, alojadas en 52 cuevas ■